



LEWIS CARROLL EN EL PAIS DE LAS MARAVILLAS



«**L**OS billetes, por favor», dijo el Revisor asomando la cabeza por la ventanilla. En un instante todos mostraron el billete en la mano: los billetes tenían casi el mismo tamaño que los viajeros, y casi parecían llenar el vagón.

Alicia estaba asustada. «Me parece que no tengo —dijo—. No había ninguna taquilla en el lugar de donde vengo». El Revisor no dejaba de mirarla, primero con un telescopio, luego con un microscopio y, al final, con unos gemelos de teatro. Después dijo: «Estás viajando en dirección contraria»; cerró la ventanilla y se fue. «Una niña tan pequeña —dijo el caballero sentado frente a ella (que vestía de papel blanco)— debería saber qué dirección lleva, ¡incluso si no sabe su propio nombre!». Un Macho Cabrío, que estaba sentado junto al caballero de blanco, cerró los ojos y dijo en voz alta: «¡Debería saber encontrar una taquilla, in-

cluso si desconoce el alfabeto!». Junto al Macho Cabrío estaba sentado un escarabajo (realmente era un grupo de pasajeros muy extraños), y, de acuerdo con aquella regla que parecía existir de hablar por turno, le llegó el de decir: «¡Se verá obligada a regresar como equipaje!». De pronto se oyó un estridente silbido de la locomotora, y tanto Alicia como los demás dieron un salto de terror. El Caballo que había asomado su cabeza por la ventanilla la retiró tranquilamente y dijo: «No tiene importancia. Es que tenemos que saltar un arroyo».

Dan ganas de seguir copiando párrafos del extraordinario escritor que fue Charles Lutwidge Dodgson, sin apenas darse cuenta de que lo era. Los que he transcrito pertenecen a su libro «Al otro lado del Espejo y lo que Alicia encontró allí», segunda parte de «Aventuras de Alicia en el País de las Maravillas». Tan poca im-

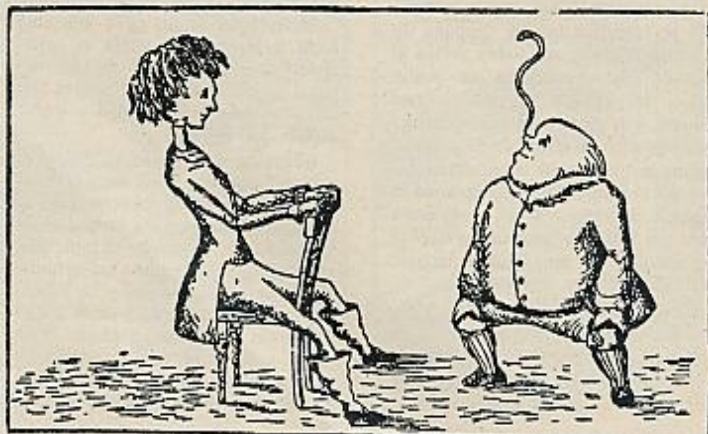
portancia daba Dodgson a estos cuentos que los firmó con el seudónimo de Lewis Carroll, reservando su nombre para enjundiosos libros de Matemáticas, y dio señales de estimarlos menos que a algunos poemas «en serio» que escribió durante su vida y que son, al decir de los modernos críticos, «execrables».

Y, sin embargo, los libros de «Alicia» han tenido en la literatura moderna una influencia comparable a la de los grandes autores clásicos. Lewis Carroll es, junto con Shakespeare, el autor más citado por la prensa inglesa, y no pasa día sin que, en las páginas literarias, lo mismo que en las crónicas políticas, deportivas o bursátiles de los periódicos, no aparezca una frase de Alicia. Carroll es el iniciador de toda una corriente literaria que pudiera denominarse «onirismo humorístico», y contiene en germen varios de los elementos que constituyen la originalidad de obras y

autores situados hoy en la vanguardia de la audacia artística: Kafka, Joyce, André Breton, los surrealistas y dadaístas franceses Marcel Duchamp, Benjamin Peret, Henry Michaud, Julio Cortázar son sus parientes.

Editorial Kairós acaba de publicar la biografía de Lewis Carroll debida a Henry Parisot, traductor al francés del propio Carroll y de Kafka, acompañada de una pequeña antología de textos y poemas vertidos al castellano por Joaquín Jordá. Charles Lutwidge Dodgson nació en 1832 en la aldea de Daresbury, cerca de Warrington, en Lancashire. Su padre era pastor de la parroquia, y la vicaría donde vivía la familia estaba situada a unos dos kilómetros de la aldea. Allí pasó el futuro Lewis Carroll sus primeros once años en un aislamiento tan completo, como él mismo nos dice, que el paso de un carro constituía para él y sus pequeños amigos un verdadero acontecimien-

Lewis Carroll, que fue extraordinario fotógrafo, fue también dibujante. He aquí algunas de las ilustraciones oníricas hechas por él mismo para sus relatos y poemas, que reflejan el mundo mágico del escritor, el mundo «del otro lado del espejo».





La pasión de la vida gris y monótona de Lewis Carroll fueron las niñas, las amigas-niñas, cuya amistad cultivaba platónicamente hasta que empezaban a ser adolescentes. A la derecha, Beatriz Henley, hija del vicario de Putney. A la izquierda, Alice Liddell, a quien contó en sus paseos los cuentos que luego habrían de constituir su obra maestra, «Alicia en el país de las maravillas». En la fotografía aparece vestida de mendigo.

to. Domesticaba serpientes y sapos y creaba en torno suyo un auténtico «País de las Maravillas» que más tarde había de servir de base a una de las creaciones literarias más originales de todos los tiempos. Charles, igual que los diez hermanos que le siguieron, era zurdo y tartamudo. Según algunos psicoanalistas que han estudiado la personalidad de Carroll a través de sus obras, el hecho de ser zurdo influyó decisivamente en la orientación de su obra. En aquella época ser zurdo se consideraba como una tara y los padres obligaban al niño a comer con la mano derecha. Parece ser que la obsesión por esta inversión es la motivación dominante de la literatura de Carroll. Escribía poemas al revés, empezando por el último verso. El poema «Jabberwocky» está escrito de modo que, para leerlo, hace falta colocarlo ante un espejo. Se conservan cartas del autor de «Alicia» en que aparecen las palabras colocadas desordenadamente dentro de las frases. He aquí un ejemplo:

"Quiere te que tío tu. Nieto su a destinarla a obligada visto hayas te que y, años ochenta u setenta durante olvidado hayas le que pena que; él por afecto gran

tu sorprende me no y, encantador viejo un era. Hacerlo debido has que él por es también y abuelo mi era época aquella en vivido había que Dodgson tío único el. Nacimiento mi de antes mucho ocurrió esto..."

Su tartamudez podría ser el origen —escribe Parisot— del descubrimiento de las famosas «palabras-maletín» de doble significado, como, por ejemplo, la palabra «frivociado», que significa a la vez «frívolo» y «desgraciado». Uno de sus más célebres poemas, «La Caza del Snark», se refiere a un animal mitológico que tiene parte de serpiente (snake) y de tiburón (snark), por lo que la traducción castellana correcta sería «serpron». Contaba Carroll la historia del juez Shallow, que había sido conminado, bajo pena de muerte, a decir bajo qué Rey de Inglaterra se había producido cierto acontecimiento. Y decía: «Suponiendo que el juez estuviera absolutamente seguro de que era, o bien William o bien Richard, pero, al mismo tiempo, fuera incapaz de especificar cuál de los dos, de manera que no hubiera tenido la posibilidad de decir uno de los dos nombres antes que el otro, es evidente que antes de morir habría gritado: "¡Richardiam!"».

El Pastor Dodgson, el padre de Charles, era un puritano estricto de acendrada piedad protestante. La rebelión de Charles contra este hombre irreprochable era totalmente imposible, y menos aún lo era contra su madre, una mujer tan buena, tan amable, tan insignificante, que jamás pronunciaba una palabra más alta que la otra. Un psicoanalista dice de Carroll: «No le faltaba la energía necesaria para intentar rebelarse, pero su lealtad le paralizaba». Y añade Parisot: «Aquellos a quienes amaba y todo un sistema social que entonces hubiera sido inoportuno discutir, se alzaban contra una tentativa semejante. Charles se hubiera considerado un mal hijo, casi un parricida, si no hubiera adoptado el comportamiento, la fe, las ideas morales, los prejuicios de su padre, incluso su pasión por las Matemáticas. Por tanto, las adoptó con el riesgo de ahogar su propia personalidad. Para evitar morir de aburrimiento o ser víctima de los trastornos psicológicos que resultan de esta clase de abdicación, no le quedaba más que una posibilidad: atravesar el espejo, evadirse en el jardín encantado del "nonsense", donde la indispensable rebelión se convierte en un simple juego incomprensible

para las personas mayores, a menos que hubieran leído a Freud (lo que no había que temer a mediados del pasado siglo!»).

Carroll escribió por tanto «por higiene», «para su salud». La higiene ha venido siendo una de las grandes motivaciones de la creación literaria. La rebeldía de Carroll no le condujo a la revolución ni a la amargura. A propósito del autor de «Alicia» escribía André Breton: «El espíritu, ante cualquier clase de dificultad, puede encontrar una salida ideal en el absurdo. La complacencia hacia el absurdo vuelve a abrir al hombre el reino misterioso que habitan los niños. Las fuerzas que presiden el "realismo", el animismo y la artificiosidad infantiles y que militan por una moral sin coacción, adormecidas entre los cinco y los doce años, pueden ser objeto de una sistemática recuperación que amenace al severo e inerte mundo que nos ha tocado vivir». Y decía de él: «Los que conservan el sentido de la rebelión reconocerán en Lewis Carroll a su primer maestro en hacer novillos».

La vida de Charles Lutwidge Dodgson transcurrió en un ambiente burgués, vulgar y totalmente carente de interés. Sólo su

la lujosa comodidad
del frigorífico

Corbero



POR:

Mueble de acero laminado en frío, acabados en esmalte acrílico.

Aislamiento EXPANSO con espuma de poliuretano, 1.ª marca nacional que utilizó este sistema.

Cuba de acero esmaltado a 900° (porcelana).

Inatacable por las grasas y ácidos.

Evaporación automática del agua de descongelación (patente *Corbero*)

Estantes móviles y regulables.

Congelador de gran capacidad con enchufe para heladora.

Modelo 380 A con descongelación programada

desde luego

Corbero
Corbero servicio seguro

©ESPRA 78

LEWIS CARROLL EN EL
PAIS DE LAS MARAVILLAS

prodigiosa imaginación llenó el vacío. Constructor de juguetes, inventor de inventos inútiles, como el *nictógrafo*, o aparato para escribir de noche sin luz, fotógrafo de los mejores de su tiempo, creador de rompecabezas, escritor único y absolutamente original. Siguiendo el ejemplo de su padre, se ordenó diácono en 1861, aunque no avanzó en el escalafón de las órdenes sagradas «porque no quería encargarse del trabajo ordinario de una parroquia a causa de su tartamudez», como decía de él un sobrino y biógrafo suyo. Recibió las órdenes del obispo de Oxford. Para que se vea su peculiar actitud ante la vida, transcribo el párrafo de una carta que, pocos años después, escribía a una niña amiga suya: «Este calor me pone muy triste, a veces me cuesta mucho trabajo conservar la calma. Por ejemplo, hace unos instantes el obispo de Oxford ha venido a hacerme una visita; era muy amable por su parte, y el pobre hombre llevaba las mejores intenciones del mundo; pero me ha contrariado tanto verle entrar que le he tirado un libro a la cabeza, cosa que me temo ha debido hacerle bastante daño. (Nota bene: esto no es del todo verdad, por lo que no es necesario que se lo crea.)».

Las niñas fueron la pasión de su vida. Odiaba a los niños varones, por lo que decía en uno de sus juegos de palabras: «Adoro a los niños, excepto a los niños». Hubo decenas de niñas, «amigas-niñas» como él decía, en la vida de Carroll. La primera fue Alicia, Alice Liddell, hija del decano de la Universidad donde enseñaba Matemáticas. Para ella escribió sus libros casi por casualidad, recogiendo los cuentos que le había contado en sus paseos. Después de Alicia vinieron muchas otras: Gertrude, Isa, Enid, la maravillosa niña de negros bucles y ojos soñadores. La vida amorosa del diácono se limitó a estas relaciones, evidentemente platónicas, con estas niñas. Salía de paseo con ellas, les contaba historias fabulosas y absurdas, imitaba ante ellas a los animales. Un día entró en un salón en el que creía que había una reunión de niñas, andando a cuatro patas como un oso, y se encontró en una junta de señoras sufragistas. Mantenía su amistad con las niñas hasta que tenían catorce o quince años. Luego las abandonaba, «caían en desgracia». Como él mismo decía: «Por lo común,

la niña se convierte en un ser tan diferente cuando se transforma en mujer que nuestra amistad se ve obligada a evolucionar, lo que se traduce en el paso de una intimidad afectuosa a relaciones de simple educación».

La tremenda frustración sexual de Lewis Carroll impregna toda su obra literaria y es palpable en sus trabajos fotográficos. Nos ha dejado una fabulosa colección de fotografías de niñas, algunas de las cuales han sido publicadas en un álbum en Inglaterra. Como dice Parisot: «Después del té, los juegos y el concierto había que someterse, a veces, a las exigencias de la fotografía. En el taller de cristal que había hecho instalar en su casa, él mismo vestía a sus amiguitas disfrazándolas de mendigas medio desnudas, de turcas, de griegas, de romanas, de chinas, de campesinas búlgaras, de cenicientas o de hijas de pescador. Después las hacía posar largamente ante el objetivo para obtener unos clichés perfectos».

He aquí la historia de un hombre que supo encontrar en la vulgaridad y en la angustia de una vida gris la suprema inspiración literaria. Reaccionario por su vida y sus costumbres, llegó a ser el más subversivo de los escritores. Bastaría un párrafo de «Alicia» para demostrarlo. Este, por ejemplo, que relata la historia de tres hermanitas, Elsie, Lacie y Tillie, que vivían al fondo de un pozo de melaza y que estaban muy enfermas porque no comían otra cosa más que melaza:

«Alicia no quería ofender al Lirón (que le contaba la historia de las tres hermanitas), y comenzó a decir muy cautamente: "Hay algo que no entiendo. ¿De dónde sacaban la melaza?". "Si puedes sacar agua de un pozo de agua —dijo el Sombrerero—, no veo por qué no puedes sacar melaza de un pozo de melaza... no te parece, ¿tonta?". "Pero ellas estaban en el pozo", dijo Alicia al Lirón prefiriendo ignorar la última palabra. "Claro que estaban en el pozo —dijo el Lirón—, justo en el fondo". Esta respuesta aturdió de tal modo a la pobre Alicia que dejó que el Lirón continuara por algún tiempo sin interrumpirlo. "Aprendían a sacar —prosiguió el Lirón, bostezando y frotándose los ojos porque tenía mucho sueño—, y sacaban toda clase de cosas... todas las que empiezan con M". "¿Por qué con M?", dijo Alicia. "¿Por qué no?", dijo la Liebre Loca. Alicia se calló». ■ LUIS CARANDELL.